

## EL HOMBRE QUE PODIA LEER UN LIBRO A TRAVÉS DEL ÍNDICE

Diego A. Giraldo\*

–Quizá el profesor haya conocido a personas que se leen varios libros en una semana –le decía un estudiante de literatura a un profesor amigo, mientras se tomaban un café en la oficina del docente–. Es posible que exista quien se lea un libro diario, pero imagínese a alguien que puede leerse un libro en unos cuantos segundos, a través del índice. Si usted tiene unos minutos, le relataré este excepcional caso. –Adelante –respondió el profesor mostrándose interesado.

Dicho personaje lo conocí cuando asistía al taller de escritores en la Biblioteca Pública Piloto. Era un miércoles por la tarde. El taller comenzaba a las 4:00. Como era mi primera clase, llegué media hora temprano; sin embargo, ya había una persona en el auditorio; se trataba de Ruperto, el protagonista de esta historia. Nos saludamos y nos presentamos. Luego, conversamos sobre el taller. Yo llevaba dos libros bajo el brazo; uno relativamente pequeño, *Bestiario*, de Cortázar; ocho historias contadas en 149 páginas. El otro era mucho más grueso, *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski; una novela distribuida en múltiples capítulos y más de 500 páginas. Ruperto, al observar

---

\* Licenciado en Enseñanza de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Antioquia. Especialista en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente es profesor de la Universidad de Antioquia. Dirección electrónica: [dialejo2@yahoo.com](mailto:dialejo2@yahoo.com)

Artículo recibido el día 26 de octubre de 2007 y aprobado por el Comité Editorial el día 20 de febrero de 2008.

los libros, me dijo: -Me permite un momento uno de sus libros, yo lo leo antes de que comience el taller. “Obviamente se trata de una chanza”, pensé; no lo de prestarle el libro, sino el hecho de pretender leerlo en menos de media hora. Como tardé un poco en responderle, Ruperto alargó su mano y, en un brusco movimiento, me arrebató uno de los libros; *Bestiario*. Se quedó de pies y lo abrió ávidamente, situándose en el índice. No acababa yo de observarlo con extrañeza cuando, en menos de diez segundos, me lo devolvió diciendo: -Leí todas las historias. ¿Desea un resumen de cada una de ellas? -y prosiguió sin que yo alcanzara a pronunciar palabra-. *Casa tomada*, sobre una pareja que tiene que abandonar su casa porque fue tomada...; *Carta a una señorita en París*, de un señor que vomitaba conejitos...; *Lejana*, el diario de Alina Reyes que se casa con Luis María con la condición de que la lleve a Budapest...; *Ómnibus*, la historia de Clara y otro muchacho que toman un bus y todo el mundo los mira porque no llevan flores...; *Cefalea*, habla de unas *Mancuspías* que necesitan dosis diarias de *Aconitum*, *Nux Vomica*, *Camphora monobromata* y otros nombres raros que no me acuerdo...; *Circe*, la historia de Delia Mañana, de quien sus novios terminan muriéndose...; *Las puertas del cielo*, de un señor a quien se le muere la compañera y se va a un bar para conseguirse otra y olvidarla...; y, por último, *Bestiario*, de una niña que es enviada a pasar el verano en la finca de una tía donde todos viven atemorizados por un tigre que habita sus mismos espacios.

No obstante la precisión de los resúmenes de cada una de las historias, yo no me mostré convencido de que todo ese contenido lo hubiese captado a través de la lectura del índice, pues era posible que hubiera leído el libro antes y lo recordase en ese momento. Como si advirtiera mis dudas, igual que *Bestiario*, me arrebató el libro *Los hermanos Karamazov*. Después de concentrarse en el índice por espacio de un minuto, me lo devolvió diciendo: -Éste estaba bastante gordo, pero, de todos modos, ¿desea que le haga un resumen? -No, gracias -le respondí con cierta ironía-, aún no lo he terminado y quisiera descubrirlo por mí mismo. Y me dispuse a leer.

En el auditorio ya había unas cincuenta personas. El profesor estaba dando inicio al taller. “Hoy comenzaremos con la lectura de tres reseñas de uno de nuestros talleristas. Lo habitual es que escuchemos una reseña por persona, pero conociendo las ejemplares habilidades de nuestro amigo, juzgué procedente darle un espacio para compartírnos, no una, sino tres; aunque él fácilmente podría hacer veinte o más”. Todos en el auditorio asintieron a la vez que reían. Parecían saber de quién se trataba. El profesor llamó a Ruperto a que pasara al frente. Él se dirigió a la plataforma y comenzó con la lectura de sus reseñas. La primera fue sobre un libro contemporáneo llamado *Satanás*, del colombiano Mario Mendoza; la segunda, sobre la novela histórica *La vorágine*, también de un colombiano, José Eustasio Rivera; y por último sobre la obra clásica *Crimen y castigo*, del escritor ruso Fiodor Dostoievski. Cuando Ruperto terminó sus lecturas, el profesor pidió a los asistentes emitir nuestros juicios sobre las reseñas de Ruperto. Los que no conocían los libros opinaron que había sido un recuento muy claro y detallado de cada uno de ellos, y que uno quedaba empapado sin necesidad de leerlos. Alguien que manifestó haberlos leído todos se mostró de acuerdo con lo descrito por Ruperto y que en ningún caso había faltado a la verdad, y comentarios por el estilo. Luego se abrió un espacio para hacerle preguntas sobre las reseñas. Algunas de ellas fueron: “En ‘Crimen y castigo’, ¿por qué Raskólnikov decide asesinar a la vieja usurera? ¿Por qué termina entregándose? ¿Cuántos años le dieron de prisión? ¿Quién narra la historia en ‘La vorágine’? ¿En qué lugar del país se desarrolla? ¿Cuántos asesinatos se comenten en *Satanás*? ¿Qué tiempo le tomó leerse las novelas?” Y preguntas de ese tipo, a lo cual Ruperto respondía complacido. Dijo que la lectura de las tres obras le había tomado cinco minutos, mucho menos de lo que se había demorado haciendo el resumen de una de ellas. Los asistentes volvieron a reír. Aunque yo era nuevo en el taller, me atreví a participar; levanté la mano y le hice una pregunta. -Señor Ruperto, ¿para usted, cuál es la gran cuestión que se resuelve en la obra *Crimen y castigo*? Él se apresuró a dar un nuevo resumen, más detallado que el que había hecho en su reseña; desde que Raskólnikov cavila el asesinato de la “vieja usurera” hasta el final de la novela, incluyendo el epílogo. Como ese no

había sido el sentido de mi pregunta, quise hacerle una contra pregunta, pero en ese instante el profesor tomó la palabra para decir: “En los catorce años que lleva Ruperto en el taller, o sea desde que comenzamos, estas han sido sus tres mejores reseñas. Yo ya me he acostumbrado a que siempre termine haciendo un resumen más que una reseña como tal, pero debemos entender que leer un libro a través del índice no debe ser tarea fácil”. Mi sorpresa fue total. El profesor, y los estudiantes del taller, estaban dando crédito a un hombre que decía leer los libros a través de sus índices. En un principio pensé que me estaban haciendo una broma por ser “primiparo”, pero el profesor se expresaba con una seriedad tal que descarté esa posibilidad. Mientras yo discurría cuál era la dimensión de este asunto, los talleristas felicitaban a Ruperto por sus reseñas tan completas y precisas. Él, notoriamente complacido, volvió a su puesto, una silla contigua a la mía. Al pasar por mi lado, murmuró: –No se me pierda, necesito hablar con usted cuando termine el taller. Yo hice un gesto con la cabeza en señal de aprobación, aunque un poco extrañado, porque apenas lo acababa de conocer y no imaginaba para qué me podría necesitar. “Quizá le molestó mi pregunta”, pensé. Al término del taller, se apresuró a invitarme a un café. Salimos del auditorio y nos dirigimos a la cafetería, en las afueras de la biblioteca. Cuando estábamos a punto de sentarnos, un grupo de colegiales uniformados lo abordó. Él manifestó no poderlos atender en ese momento. Como no terminaban de insistir en que necesitaban su ayuda, Ruperto se dirigió al interior del edificio, haciéndome señas de que lo siguiera. Yo le obedecí. Una vez adentro, se le acercaron unos jóvenes que decían ser universitarios rogándole una cita. Él se rehusó sin darles ninguna explicación. Luego se detuvo en un estante de libros de literatura y me interpeló: –¿Usted no me cree, verdad? ¿Usted no cree que yo pueda leer un libro a través del índice? “Hasta dónde llegará esta chanza”, pensé. Porque, aún después de todo lo sucedido en el auditorio, yo no acababa de convencerme de que hubiese alguien con la capacidad de leer un libro a través del índice. Antes de que pudiera responderle, me propuso: –Tome el libro que usted desee; cualquiera, pero de literatura, porque esa es mi especialidad, y yo le demostraré que no miento. Entonces vi la oportunidad de acabar con la

burla. –¿Puede ser de poesía? –le pregunté. –Poesía, narrativa, crítica, o cualquier género literario –me respondió sobresaltado. Yo elegí uno de poesía: *Todo es mío en el sentido en que nada me pertenece*, del antioqueño Gonzalo Arango. Él me lo arrebató de las manos y se centró en el índice. En menos de cinco segundos me lo devolvió diciendo: –Trata de profecías, revoluciones, América, religión; se parece un poco a la Biblia, y me recitó algunos fragmentos. Luego añadió: –ahora tome otro; el que usted quiera. Para salir completamente de dudas, pues el libro que había tomado era muy popular y podía haberlo leído antes, resolví elegir uno desconocido en nuestro medio. Le pregunté si había leído alguna obra de una escritora colombiana que vivía en Estados Unidos: Gloria Chávez-Vásquez. Me respondió no haberla escuchado nombrar nunca antes. Busqué en el catálogo la ubicación de un libro de cuentos titulado *Opus americanus*, y se lo entregué; son trece historias en 189 páginas. Ruperto, como las veces anteriores, buscó rápidamente el índice, salteándose el título, la portada, y sin mirar la introducción ni la biografía de la autora. Yo permanecía expectante, pues estaba a punto de comprobar una habilidad que no había escuchado la tuviese alguien en el mundo, y que seguramente estaba cambiando la historia en la manera de leer. En menos de veinte segundos, me devolvió el libro haciendo su pregunta habitual:

–¿Desea que le haga un resumen? Antes de que pudiera responderle, comenzó haciéndome un resumen detallado de cada una de las historias: de La luciérnaga y el espejo, Las termitas, Sincronio, El ave fénix, Diario de un subwaynauta, De la Alameda a Nueva York, Un búcaro roto, Un cuento de consulado, El virus humano, La leyenda americana de la creación del cerebro, Orígenes de la burocracia, El mirador y sor Orfelina. –¿Ahora sí me cree? –me inquirió exaltado. Yo, enormemente admirado, no pude más que exclamar: –¡Usted es un fenómeno! Y le pregunté cómo es que había logrado desarrollar esa prodigiosa habilidad de leer un libro a través del índice, a lo cual me relató lo siguiente:

Verá usted. Desde que yo era muy pequeño, mi padre, un vendedor de libros, me leía historias en voz alta. Primero fue una historia corta cada día, luego dos, y así hasta llegar a leerme un libro diario, quedándonos despiertos hasta la madrugada, pero no había conseguido que yo me interesara en leer por mi cuenta. El momento decisivo fue cuando cumplí diez años. Mi padre llegó esa noche con un paquete grueso, lo manipulaba misteriosamente, se veía como algo sumamente atractivo, y me dijo: “Lo que tengo en mis manos es una de las obras literarias más maravillosas que ha producido la humanidad, y la compré únicamente para ti”. Luego lo fue desenvolviendo, poco a poco, hasta dejar ver tres grandes volúmenes. En sus carátulas había castillos, hombres con trajes extraños y lugares fantásticos. Una vez mi padre los puso en mis manos, yo quedé maravillado. Enseguida, me llevó a mi cuarto y me leyó la primera historia; sólo la primera. Luego me dijo: “Cuando termines de leer el libro completo, te traeré uno que te llevará a una aventura por el mar y descubrirás sus misterios”. Esa noche no dormí. La pasé leyendo hasta el día siguiente. En la mañana, mi padre fue a mi cuarto y, sin inquietarse porque estaba despierto y leyendo a esa hora, se quedó observándome por unos momentos. Después, me dio una cariñosa palmada en el hombro y me autorizó no ir a la escuela, a la vez que me sugirió dormir un poco. Pero cuando advertí que aún me faltaban dos volúmenes, preferí continuar con la lectura. Ese día dormí unas tres horas, por insistencia de mi madre, porque mi intención era seguir leyendo hasta terminar la obra. En la noche, cuando mi padre regresó del trabajo, se dirigió a mi cuarto. Al observar que ya tenía en mis manos el tercer volumen, me dio unas paternales palmadas en el hombro y me dejó solo. Yo seguí leyendo. Llegó un momento en que no pude contener el sueño y caí dormido. Esa noche soñé cosas extraordinarias, eran ambientes muy diferentes a las historias que estaba leyendo; el mar, olas gigantes que me envolvían, un barco que naufragaba... Cuando desperté, noté que sólo me faltaban unas cuantas páginas para terminar de leer el último volumen. Al amanecer, antes de irse a vender libros, mi padre fue a mi cuarto y, sin mostrarse sorprendido porque aún estaba leyendo, me pidió le hiciera un resumen de la obra, recalcándome que si le satisfacía, me llevaría

el que me había prometido. Inmediatamente, le recité un resumen de cada uno de los tres volúmenes de *Las mil y una noches*. Mi padre me dio un fuerte abrazo a la vez que me decía: “Si sigues así, con disciplina, muy pronto te convertirás en el mayor lector del país; ¡qué digo del país, del mundo entero!”. Esas fueron sus palabras. Y salió, recalcándome que ese mismo día cumpliría su promesa; la de comprarme el libro que me llevaría a una aventura por el mar. Debo anotar que yo no conocía el mar; de ahí mi gran interés por la obra. Ese día tampoco fui a la escuela. Mi padre autorizó quedarme en casa y dormir. Aunque no pude hacerlo muy bien, pues pasé todo el día inquieto; no por el libro que había leído, sino por el que mi padre me había prometido. En la noche, él llegó con un paquete y lo manipulaba de forma misteriosa, como lo había hecho con el libro anterior. Luego lo desenvolvió y me lo entregó diciendo: “Aquí está lo que te prometí. Cuando acabes de leerlo, te traeré uno mucho más excitante que éste”. Esa misma noche terminé de leer *Robinson Crusoe*. Al día siguiente, antes de irse para el trabajo, mi padre entró en mi cuarto y me pidió un resumen. Yo se lo dicté automáticamente.

Así sucedió mucho tiempo, en el que mi padre me llevaba un libro cada día. Al terminar de leerlo, él siempre me pedía un resumen. Como le respondía bien, me disponía otro, y otro y otro. Yo siempre leía pensando en el resumen que debía hacerle a mi padre y en el siguiente libro. Debido a la promesa de mi padre de que me llevaría otro mejor, siempre me interesó más el siguiente, y el siguiente y el siguiente. A la escuela no volví. Mi padre decía que todo lo que un hombre necesita aprender en la vida, se encuentra en los libros. Los juegos de niños ya no me parecían agradables. Todo el tiempo lo pasaba leyendo. En las mañanas, antes de salir para el trabajo, y en las noches, a su regreso, mi padre entraba a mi cuarto y me pedía un resumen de lo leído. De pronto ya no me preguntaba tan seguido; pasaban una o dos semanas antes de indagarme sobre los libros leídos durante ese tiempo. Yo le hacía los resúmenes correspondientes y él quedaba satisfecho. Lo veía tan orgulloso de mí que me esforzaba por leer más cantidad de libros cada vez. A los quince años ya me había leído *Las mil y una noches*, *Robinson*

*Crusoe, Don Quijote de la Mancha, La odisea, La iliada, Los miserables, Madame Bovary, Las tragedias griegas*, toda la colección de Shakespeare, la de Faulkner, la de Quiroga, gran parte de la narrativa latinoamericana y todos los clásicos. Leía de día, de noche, sentado, de pies, mientras viajaba, en el baño, en todas partes. Hasta que una vez, estando en la sala de mi casa, leyendo el segundo volumen de las *Obras completas de Julio Verne*, pensando si no habría una manera de leer más rápido, escuché un comercial por *Teleantioquia*. Decía que con unas técnicas americanas de estudio, uno podía leer hasta 2.500 palabras por minuto. Inmediatamente llamé a mi padre para contárselo; ese mismo día me matriculé. Fue genial. Al comienzo podía leer 600 palabras por minuto, luego 1.000, 1.500 y así, hasta llegar a leer un libro de 500 páginas en una hora. Después de aplicar esta técnica durante un tiempo, leyendo gran cantidad de libros, descubrí que podía saltarme páginas enteras y aun así podía hacer un resumen. Por si acaso, se lo mostraba a mi padre y él lo aprobaba, entonces constataba que había leído bien. Después, hice algo que me dio resultado. Tomé una novela de García Márquez, leí las tres primeras páginas del libro y las tres últimas; con ello pude hacer un resumen. Así leí todas sus obras. Hasta que una vez, cansado de tan vasta lectura, tomé un libro de historias de *Edgar Allan Poe* y leí solamente el índice. Hice un resumen de cada historia y se los mostré a mi padre; él los aprobó. Fue cuando descubrí que podía hacer un resumen de un libro con sólo leer el índice. Mi padre les contó a sus amigos vendedores de libros sobre mi habilidad, hasta que mi nombre llegó a oídos del editor de la compañía en que trabajaba, pero no le dio crédito. Según me contó mi padre, una vez le refirió mi caso, el editor se limitó a sugerir que me matriculara en el taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto. De eso hace ya catorce años.

Mi fama se fue expandiendo por todo el mundo literario de la ciudad. Me comenzaron a invitar a conferencias, talleres, ferias de libros y muchos otros eventos. En la Feria del Libro del 2006 en Medellín, mi padre me invitó al stand de la editorial donde laboraba. Allí les demostré a los asistentes mi extraordinaria habilidad de lectura, haciendo un resumen de cada uno de

los libros que ellos eligiesen. Todos quedaban sumamente sorprendidos. Un psiquiatra que visitó nuestro stand quiso estudiar mi caso. Después de muchas consultas y valoraciones, concluyó que mi caso rebasaba los límites de su ciencia. Días más tarde, por sugerencia de un amigo de mi padre, consultamos a un parapsicólogo. Al preguntarle cómo era posible que yo pudiera leer un libro a través del índice, consideró que el espíritu de los escritores difuntos me poseía en ese momento y me dictaba el contenido completo del mismo. Pero cuando le interpelamos sobre qué sucedía con los libros de escritores que aún vivían, como Fernando Vallejo, García Márquez, Álvaro Mutis y muchos otros, no supo darnos una respuesta acertada. Mi padre y yo concluimos que esa habilidad la había desarrollado debido a mi constante dedicación a la lectura desde que era muy niño y que, aunque yo fuese el primero en lograrlo, seguramente con el tiempo muchas más personas lo conseguirían también, y no nos inquietamos más por ese asunto.

Después de la demostración en la Feria del Libro que acabo de hacer referencia, los más interesados por conocer mi habilidad eran los estudiantes de colegios y universidades de la ciudad. Comenzaron a pedirme les hiciera resúmenes, porque esa era la tarea más frecuente asignada por los profesores de español y literatura. En una ocasión, el padre de una estudiante de un colegio muy prestigioso de la ciudad me pidió le ayudase a su hija con un trabajo que debía hacer sobre *La odisea*. En el colegio le habían asignado responder un taller y hacer un resumen del libro. Aún recuerdo algunas de las preguntas:

1. ¿Cómo se llama el protagonista de la obra?
2. ¿Cómo se llaman su esposa y su hijo?
3. ¿Cuántos años se tarda en realizar el viaje?
4. Haga una lista de los lugares que recorre.
5. Nombre los dioses que aparecen en el libro.

6. ¿Cuál es el nombre de la diosa que lo mantiene cautivo?
7. ¿Cuál es el dios que amontona las nubes?

Y preguntas por el estilo. Yo lo leí, a través del índice, respondí el taller y escribí un resumen. Al día siguiente, el padre de la estudiante fue a verme y me llevó cinco mil pesos. En otra ocasión, un estudiante de Literatura de una universidad me pidió le ayudase a hacer un resumen de *El Quijote*. Ese mismo día se lo entregué. Me dio diez mil pesos. Fue entonces cuando se me ocurrió que a eso me podía dedicar, y así me gano la vida. Como quien dice, “vivo de los resúmenes”. Yo estoy muy agradecido con los profesores de Español y Literatura, de los colegios y universidades de la ciudad, porque, en virtud de ellos, siempre hay un resumen que hacer. Con decirle que acabo de crear mi propia página Web: [www.resumenes.com](http://www.resumenes.com). Además, estoy planeando escribir un libro de resúmenes de los cien mejores clásicos de toda la historia. Varias editoriales ya me han hecho propuestas.

Pero creerá usted que con esta habilidad de leer un libro a través del índice ya lo he logrado todo en la vida; pues no, aún tengo una meta: poder leer un libro a través del título. ¿Se imagina? ¡Eso sí que sería fenomenal! Piense en una clase, en un taller, en una conversación cualquiera, cuando alguien mencione el título de un libro e inmediatamente poder hacer un resumen de éste. Seguiré practicando; dentro de un tiempo lo lograré.

Después de narrarme la historia de cómo es que había logrado leer un libro a través del índice, Ruperto declaró: -Pero no fue para comprobarle mi habilidad de lectura que lo cité aquí, sino por otro asunto. Cuando yo leí mis reseñas en el auditorio, usted me hizo una pregunta y quiero que me la aclare; algo sobre una gran cuestión que se resuelve en un libro, o no sé qué. -Yo le pregunté sobre la gran cuestión que se resuelve en la obra *Crimen y castigo* de Dostoievski -le respondí. Al observar su rostro,

comprendí que no había captado el sentido de mi pregunta. Entonces proseguí. –Toda gran obra se hace una gran cuestión y la resuelve. En *Crimen y castigo*, por ejemplo, y según mi particular visión, después de leer

–Incluso releer algunos apartes del libro– la gran pregunta que se hace el autor es: ¿qué sucedería si un joven, quien no es un criminal, educado en las buenas costumbres, en la moral, en el cristianismo, tiene la idea de asesinar a una anciana usurera para apropiarse de su dinero, con el pretexto de librar al mundo de un ser vil y al mismo tiempo comenzar una nueva vida ayudando a los más desfavorecidos? Toda la novela, cada episodio, cada diálogo trata de responder, de alguna manera, esta pregunta. Lo que sucede al final es solamente una de las muchas posibilidades que hay de resolver la cuestión. El hecho de que el protagonista comience a perder sus cabales y termine descubriendo que él no puede soportar el peso de ser un asesino, no es lo único que puede pasar; eso es lo que el autor resuelve que puede pasar. Porque la literatura no narra únicamente lo que sucedió, sino lo que pudo haber sucedido, lo que sucedería si... La literatura no sólo da cuenta de cómo la vida es, sino de cómo ésta podría ser. Algunos libros históricos y realistas tratan de respetar la veracidad de los hechos. Hay obras que se convierten en una denuncia social. El libro *La vorágine*, por ejemplo, del cual usted también hizo una reseña, denuncia, a través de una historia, la terrible explotación y atropellos que contra los trabajadores cometían las casas explotadoras de caucho en las selvas del Amazonas y el sur de Colombia, a comienzos del siglo pasado. También hace un paralelo entre la voracidad de la selva y la crueldad humana. En la poesía sucede algo similar. Lo esencial es tanto lo que se dice como lo que no se dice; lo que hay detrás de las palabras. Por ello es necesario leer con mucho detenimiento, sintiendo, imaginando, dialogando con el texto, haciéndose preguntas, insertándose en las obras como si uno fuera un personaje más.

A medida que yo decía estas cosas, el rostro de Ruperto se fue tornando triste y apesadumbrado. De repente, en una acción intempestiva, sustrajo

de su billetera el carné de la biblioteca y, ante la mirada atónita de una aglomeración de estudiantes que se había agolpado a ambos lados del estante, lo rompió. Inmediatamente se abrió paso entre los estudiantes quienes lo sujetaban de sus ropas tratando de detenerlo, y abandonó el recinto. De eso hace más de tres meses. Al taller no volvió. Todos se preguntan qué habrá sido de él. Cada miércoles por la tarde, en las puertas de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, un numeroso grupo de estudiantes espera ansioso un resumen del hombre que podía leer un libro a través del índice. **e**